

# PRINCIPIANTES

por Raymond Carver

Mi amigo Herb McGinnis, cardiólogo, estaba hablando. Los cuatro estábamos sentados alrededor de la mesa de su cocina tomando ginebra. Era sábado a la tarde. La luz del sol llenaba la cocina desde la gran ventana detrás de la piletta. Estábamos Herb y yo y su segunda esposa, Teresa – le decíamos Terri – y mi esposa, Laura. Vivíamos en Albuquerque, pero todos éramos de algún otro lugar. Había un balde con hielo sobre la mesa. La ginebra y el agua tónica pasaban de mano en mano, y de repente nos pusimos a hablar de amor. Herb pensaba que el amor verdadero no era más que amor espiritual. Cuando era joven había pasado cinco años en un Seminario antes de abandonarlo por la carrera de Medicina. Para esa misma época había dejado la Iglesia, pero dijo que todavía consideraba esos años en el Seminario como los más importantes de su vida.

Terri dijo que el hombre con el que vivía antes de vivir con Herb la amaba tanto que había tratado de matarla. Herb se rió luego de que ella dijo eso. Hizo una mueca. Terri lo miró. Y entonces dijo, “Me pegó una noche, la última noche que vivimos juntos. Me arrastró de los tobillos por la sala de estar, mientras decía constantemente ‘Te amo, ¿no te das cuenta? Te amo, puta’. Me arrastraba por la sala y me chocaba la cabeza contra las cosas.” Nos miró a todos y luego se miró la mano con que sostenía su vaso. “¿Qué hacés con un amor así?”, dijo. Era una mujer raquítica con una linda cara, ojos oscuros y cabello castaño que le llegaba a la espalda. Le gustaban los collares de turquesa y los aros largos. Era quince años menor que Herb, había pasado por etapas de anorexia, y hacia fines de los sesenta, antes de entrar a la carrera de Enfermería, había sido una marginal, una “persona de la calle”, como decía ella. Herb a veces la llamaba, cariñosamente, su *hippie*.

“Por Dios, no seas tonta. Eso no es amor, y lo sabés,” dijo Herb. “No sé cómo lo llamarías – yo diría locura – pero ni a palos es amor.”

“Decí lo que quieras, pero yo sé que él me amaba,” dijo Terri. “Lo sé. Te puede parecer una locura, pero de todas maneras es cierto. La gente es distinta, Herb. Está bien, puede ser que haya hecho locuras un par de veces. OK. Pero me amaba. A su manera, tal vez, pero me amaba. Había amor ahí, Herb. No me niegues eso.”

Herb suspiró. Levantó su vaso y se dirigió a Laura y a mí. “Amenazó con matarme a mí, también.” Terminó su trago y agarró la botella de ginebra. “Terri es una romántica. Terri es de las del tipo ‘Pateame-así-sé-que-me-amás’. Terri, nena, no pongas esa cara.” Se estiró por sobre la mesa y le tocó la mejilla con los dedos. Le sonrió.

“Ahora lo quiere arreglar,” dijo Terri. “Después de haberme menospreciado.” No se estaba riendo.

“¿Arreglar qué?” dijo Herb. “¿Qué hay que arreglar? Yo solamente sé eso, nada más.”

“¿Y cómo lo llamarías entonces?” dijo Terri. “Aparte, ¿cómo empezamos con este tema?” Levantó su vaso y bebió. “Herb siempre tiene el amor dando vueltas en su cabeza,” dijo. “¿O no, cariño?” Ahora sí sonreía, y pensé que con eso se terminaba el tema.

“Simplemente yo no llamaría amor al comportamiento de Carl, eso es todo lo que estoy diciendo, cariño,” dijo Herb. “¿Y ustedes, che?” nos dijo a Laura y a mí. “¿Eso les parece amor?”

Me encogí de hombros. “No soy la persona más capacitada para opinar. Ni siquiera lo conocí al tipo. Solo escuché su nombre unas veces al pasar. Carl. No sabría decirte. Tendría que saber todos los detalles. No a mi modo de ver, pero quién sabe... Hay muchas formas distintas de actuar y de mostrar afecto. Esa manera resulta no ser la mía. Pero ¿vos qué decís, Herb, que el amor se expresa en términos absolutos?”

“La clase de amor de que estoy hablando, sí,” dijo Herb. “La clase de amor de la que estoy hablando no se trata de matar a la gente.”

Laura, mi dulce y tierna Laura, dijo sin alterar la voz, “No sé nada sobre Carl, ni sobre la situación. ¿Quién puede juzgar las situaciones de los otros? Pero, Terri, no sabía lo de la violencia.”

Toqué el dorso de la mano de Laura. Me dirigió una rápida sonrisa, luego volteó la mirada hacia Terri. Tomé la mano de Laura. La mano era tibia al tacto, las uñas pintadas, con un perfecto trabajo de manicura. Rodeé la ancha muñeca con mis dedos, como un brazalete, y la sostuve.

“Cuando me fui se tomó un veneno para ratas”, dijo Terri. Se sujetó los brazos con las manos. “Lo llevaron al hospital en Santa Fe donde vivíamos entonces y le salvaron la vida, y sus encías se separaron. Quiero decir que se separaron de sus dientes. Después de eso sus dientes parecían colmillos. Dios mío,” dijo. Esperó un minuto, luego se soltó los brazos y agarró su vaso.

“¡Las cosas que hace la gente!”, dijo Laura. “Lo lamento por él y mirá que ni siquiera coincido con cómo piensa. ¿Dónde está ahora?”

“Está fuera de servicio,” dijo Herb. “Está muerto.” Me pasó el plato con limas. Tomé un gajo de lima, lo apreté sobre mi trago, y revolví los cubitos de hielo con mi dedo.

“Falta lo peor,” dijo Terri. “Se pegó un tiro en la boca, pero la cagó ahí, también. Pobre Carl,” dijo. Negó con la cabeza.

“Pobre Carl nada,” dijo Herb. “Era peligroso.” Herb tenía 45 años. Era alto y delgado con cabello ondulado, encanecido. Su rostro y sus brazos eran morenos porque jugaba al tenis. Cuando estaba sobrio, sus gestos, todos sus movimientos, eran precisos y medidos.

“Sí me amaba, a pesar de todo, Herb, reconocélo,” dijo Terri. “Eso es todo lo que pido. No me amaba de la manera en que me amás vos, no estoy diciendo eso. Pero me amaba. Podés reconocerme eso, ¿no? No es mucho pedir.”

“¿A qué te referís con ‘la cagó’?” pregunté. Laura se inclinó hacia adelante con su vaso. Puso los codos sobre la mesa y sostuvo su brazo con las dos manos. Miraba a Herb, luego rápidamente a Terri y esperaba con expresión salvaje, como sorprendida de que cosas así le pasaran a gente conocida. Herb terminó su trago. “¿Cómo la cagó si se mató?” dije de nuevo.

“Te voy a contar lo que pasó,” dijo Herb. “Agarró la pistola .22 que había comprado para amenazar-nos a Terri y a mí – ey, en serio, la quería usar. Tendrían que haber visto cómo vivíamos en esa época. Como fugitivos. Incluso compré un arma, y yo que pensaba que era un tipo no violento. Pero compré un arma para defensa personal y la llevaba en la guantera. A veces tenía que irme del departamento en medio de la noche, ya saben, para ir al hospital. Terri y yo no estábamos casados entonces y mi primera esposa tenía la casa y los chicos, el perro, todo, y Terri y yo estábamos viviendo en este departamento. A veces, como decía, recibía una llamada en medio de la noche y tenía que ir al hospital a las dos o tres de la mañana. Estaba oscuro ahí afuera en el estacionamiento y yo empezaba a transpirar ya antes de entrar a mi auto. Nunca sabía si iba a aparecerse de atrás de los arbustos o de un auto y empezar a disparar. O sea, estaba loco. Era capaz de conectarle una bomba a mi auto, cualquier cosa. Solía llamar a mi contestador automático a toda hora y decirme que necesitaba hablar con el doctor, y cuando le contestaba la llamada me decía, ‘Hijo de puta, tus días están contados.’ Pequeñas cosas como esa. Metía miedo, te digo.”

“Aún así me da pena,” dijo Terri. Tomó un sorbito de su trago y se quedó mirando a Herb. Herb le devolvió la mirada.

“Parece una pesadilla,” dijo Laura. “¿Pero qué pasó exactamente después de que se pegó el tiro?” Laura es secretaria jurídica. Nos conocimos en un lugar de trabajo, rodeados de gente, pero hablábamos y un día la invité a cenar. Antes de que nos diéramos cuenta, estábamos saliendo. Tiene treinta y cinco años,

tres menos que yo. Además de estar enamorados, nos gustamos y disfrutamos de la compañía del otro. Es una persona amigable. “¿Qué pasó?” preguntó Laura de nuevo.

Herb esperó un minuto y giró el vaso en su mano. Después dijo, “Se pegó un tiro en la boca en su cuarto. Alguien escuchó el tiro y avisó al encargado. Vinieron con una llave maestra, vieron lo que había pasado, y llamaron a una ambulancia. Por casualidad yo estaba cuando lo trajeron a la sala de urgencias. Me encontraba ahí por otra situación. Todavía estaba vivo, pero más allá de lo que cualquiera pudiera hacer para ayudarlo. A pesar de eso, vivió tres días más. En serio lo digo, su cabeza se hinchó hasta alcanzar dos veces el tamaño de una cabeza normal. Nunca había visto algo así y espero no verlo nunca más. Terri quiso pasar y sentarse junto a él cuando se enteró. Tuvimos una pelea por eso. No me parecía que quisiera verlo así. No pensaba que debiera verlo, y aún lo sostengo.”

“¿Quién ganó la pelea?” dijo Laura.

“Estaba en el cuarto con él cuando murió,” dijo Terri. “Nunca recuperó la consciencia, y no había esperanzas, pero me senté a su lado. No tenía a nadie más.”

“Era peligroso,” dijo Herb. “Si a eso le llamas amor, allá vos.”

“Era amor,” dijo Terri. “Seguro que era anormal para la mayoría de la gente, pero él estaba dispuesto a morir por eso. De hecho murió por eso.”

“Yo ni a palos lo llamaría amor,” dijo Herb. “No sabés por qué motivo murió. He visto muchos suicidios, y nunca he podido decir que alguien cercano a ellos lo supiera. Y cuando ellos decían ser el motivo, yo qué sé...” Se puso las manos detrás de su cuello y se reclinó sobre las patas traseras de la silla. “No estoy interesado en esa clase de amor. Si eso es amor, allá vos.”

Luego de un minuto, Terri dijo, “Teníamos miedo. Herb incluso hizo un testamento y le escribí a su hermano de California que solía ser un Boina Verde. Le dije a quién buscar si algo le sucedía misteriosamente. ¡O no tan misteriosamente!” Ahora negaba con la cabeza y se reía. Tomó de su vaso. Continuó. “Pero sí, vivíamos un poco como fugitivos. Le teníamos miedo, no hay duda. Incluso llamé a la policía en una ocasión, pero no nos fueron de ayuda. Dijeron que no le podían hacer nada, no lo podían arrestar ni nada de eso a menos que *realmente* nos *hiciera* algo. ¿No parece una joda?” dijo Terri. Vertió el fondo de ginebra en su vaso y agitó la botella. Herb se levantó de la mesa y se dirigió a la alacena. Sacó otra botella de ginebra.

“Bueno, Nick y yo estamos enamorados,” dijo Laura. “¿No es cierto, Nick?” Golpeó mi rodilla con su rodilla. “Se supone que tenés que decir algo ahora,” dijo, y me dirigió una amplia sonrisa. “Nos llevamos muy bien, creo. Nos gusta hacer cosas juntos y ninguno de los dos ha golpeado al otro aún, gracias a Dios. Toco madera. Diría que somos bastante felices. Supongo que deberíamos dar gracias por lo que tenemos.”

Como respuesta, tomé su mano y la llevé a mis labios con gesto dramático. Armé una escena a partir del acto de besar su mano. Todos se divirtieron. “Tenemos suerte,” dije.

“¡Muchachos!,” dijo Terri. “Paren con eso. ¡Me dan náuseas! Todavía están de luna de miel, por eso pueden actuar así. Todavía están embobados el uno por el otro. Solo esperen. ¿Cuánto tiempo llevan juntos ya? ¿Cuánto va? ¿Un año? Más de un año.”

“Un año y medio, y contando,” dijo Laura, aún sonrojada y sonriendo.

“Todavía están de luna de miel,” dijo Terri de nuevo. “Esperen un tiempo.” Sostuvo su vaso y miró fijamente a Laura. “Estoy bromeando,” dijo.

Herb abrió la ginebra y pasó alrededor de la mesa con la botella. “Terri, Dios, no deberías hablar así, incluso si no lo decís en serio, incluso si estás bromeando. Es de mala suerte. Tomen, che. Brindemos. Quiero proponer un brindis. Un brindis por el amor. Verdadero amor,” dijo Herb. Chocamos los vasos.

“Por el amor,” dijimos.

Afuera, en el patio de atrás, uno de los perros empezó a ladrar. Las hojas del álamo que se inclinaban sobre la ventana se agitaron con la brisa. La luz de atardecer era como una presencia en el ambien-

te. Repentinamente hubo un sentimiento de bienestar y generosidad en la mesa, de amistad y comodidad. Podríamos haber estado en cualquier lugar. Levantamos nuestros vasos nuevamente y sonreímos como niños que han acordado en algo por una vez.

“Te voy a decir lo que es el amor verdadero,” dijo Herb finalmente, rompiendo el hechizo. “Quiero decir que te voy a dar un buen ejemplo, y después sacarás tus propias conclusiones.” Sirvió un poco más de ginebra en su vaso. Le agregó un cubito de hielo y un gajo de lima. Esperamos y bebimos de nuestros tragos. Laura y yo nos tocamos con las rodillas otra vez. Posé mi mano en su tibio muslo y la dejé ahí.

“¿Qué sabemos realmente nosotros del amor?” dijo Herb. “Un poco lo digo en serio esto que estoy diciendo, también, si me permiten decirlo. Pero me parece que solo somos meros principiantes en el amor. Decimos que nos amamos y lo hacemos, no lo dudo. Nos amamos y nos amamos con ganas, todos nosotros. Amo a Terri y Terri me ama a mí, y ustedes se aman. Saben de la clase de amor de que estoy hablando ahora. Amor sexual, esa atracción hacia la otra persona, el compañero, así como la clase de amor de todos los días, amor hacia el ser de la otra persona, el amor de estar con el otro, las pequeñas cosas que construyen el amor de todos los días. Amor carnal, después y, bueno, llámalo amor sentimental, la solidaridad día a día para con el otro. Pero a veces se me hace difícil reconocer el hecho de que debo haber amado a mi primera esposa, también. Pero la amé, lo sé. Así que supongo antes de que digan nada, que soy como Terri en ese aspecto. Terri y Carl.” Lo pensó un momento y continuó, “Pero en un momento pensé que amaba a mi primera esposa más que a la vida misma, y tuvimos a los chicos juntos. Pero ahora la odio hasta las tripas. En serio. ¿Cómo te lo imaginás? ¿Qué pasó con ese amor? ¿Ese amor simplemente se desvaneció en el aire, como si nunca hubiera estado ahí, como si nunca hubiera sucedido? Qué le pasó es lo que quiero saber. Ojalá alguien pudiera decirme. Y después está Carl. OK, volvemos a Carl. Amaba tanto a Terri que trató de matarla y terminó matándose él mismo.” Dejó de hablar y negó con la cabeza. “Ustedes muchachos estuvieron junto dieciocho meses y se aman, se les nota, simplemente es como un aura, pero han amado a otras personas, también, antes de conocerse. Ambos han estado casados antes, igual que nosotros. Y también probablemente hayan amado a otras personas antes de eso. Terri y yo llevamos cinco años juntos, cuatro de casados. Y lo terrible, lo terrible es, pero lo bueno, también, la bendición, podrías decir, es que si algo le sucediera a alguno de nosotros – perdónenme por decir esto – pero si el día de mañana algo le sucediera a alguno de nosotros, creo que el otro, el otro compañero, lo lloraría un rato, obvio, pero después el que sobrevivió saldría y amaría nuevamente, tendría a otro pronto y todo este, todo este amor – Dios, ¿cómo te lo imaginás? – pasaría a ser solo recuerdos. Tal vez ni siquiera recuerdos. Tal vez así es como debería ser. ¿Pero estoy equivocado? ¿Me alejo mucho de la realidad? Sé que eso es lo que nos sucedería, a mí y a Terri, más allá de lo mucho que nos amemos. Con cualquiera de nosotros en ese caso. Me jugaría la vida a que es así. Todos nosotros somos la prueba de alguna manera. Pero igualmente no me entra. Pónganme en mi lugar si les parece que estoy equivocado. Quiero saber. No tengo idea de nada, y soy el primero en admitirlo.”

“Herb, por el amor de Dios,” dijo Terri. “Esto es una depresión. Esto se podría poner muy deprimente. Incluso si pensás que es cierto,” dijo, “sigue siendo deprimente.” Se estiró para alcanzarlo y lo agarró del antebrazo, cerca de la muñeca. “¿Te estás emborrachando, Herb? Amor, ¿estás borracho?”

“Cariño, solo estoy hablando, está todo bien,” dijo Herb. “No tengo que estar borracho para decir lo que pienso, ¿o no? No estoy borracho. Solo estamos hablando, ¿está?” dijo Herb. Entonces su voz cambió. “Pero si me quiero emborrachar, lo voy a hacer, maldita sea. Hoy puedo hacer todo lo que quiera.” Fijó sus ojos en ella.

“Amor, no estoy criticándote,” dijo. Levantó su vaso.

“Hoy no estoy de guardia,” dijo Herb. “Hoy puedo hacer todo lo que quiera. Solo estoy cansado, eso es todo.”

“Te queremos, Herb,” dijo Laura.

Herb miró a Laura. Fue como si no la reconociera por un momento. Ella seguía mirándolo, manteniendo la sonrisa. Sus mejillas estaban sonrosadas y el sol le estaba dando en los ojos, de tal manera que debía entornarlos para verlo. Las facciones de Herb se relajaron. “También te quiero, Laura. Y a vos, Nick. Te voy a decir una cosa, ustedes son nuestros amigos,” dijo Herb. Levantó su vaso. “Bueno, ¿qué estaba diciendo? Sí. Quería contarles de algo que sucedió un tiempo atrás. Creo que quería demostrarles una cosa, y lo haré si puedo contarles este hecho de la manera en que pasó. Esto pasó hace unos meses, pero continúa hasta ahora mismo. Podría decirse, sí. Pero debiera avergonzarnos a todos cuando hablamos como si supiéramos de qué estamos hablando, cuando hablamos de amor.”

“Dale, Herb,” dijo Terri. “Estás muy borracho. No hables así. No hables como si estuvieses borracho si no estás borracho.”

“Mirá, callate un rato, ¿sí?” dijo Herb. “Dejame contar esto. Lo estuve pensando. Callate un rato. Te conté algo de esto en el momento en que pasó. Esa pareja mayor que se accidentó en la ruta interestatal. Un pibe los chocó, y estaban muy golpeados y su panorama no era muy bueno. Dejame contarle, Terri. Así que ahora callate un rato, ¿OK?”

Terri nos miró a nosotros dos y después de vuelta a Herb. Se la notaba ansiosa, esa es la única palabra para eso. Herb pasó la botella alrededor de la mesa.

“Sorprendeme, Herb,” dijo Terri. “Sorprendeme hasta más allá de lo razonable.”

“Tal vez lo haga,” dijo Herb. “Tal vez. Yo mismo vivo sorprendiéndome con cosas. Todo me sorprende en mi vida.” La miró fijamente por un minuto. Después empezó a hablar.

“Estaba de guardia esa noche. Fue en mayo o junio. Terri y yo recién nos habíamos sentado a cenar cuando llamaron del Hospital. Había habido un accidente en la interestatal. Un pibe borracho, un adolescente, había chocado con la camioneta de su papá a una caravan con esta pareja mayor adentro. Tenían más de setenta y cinco. El pibe, tenía dieciocho o diecinueve, murió mientras lo traían al Hospital. Se le había metido el volante por el esternón y debe haber muerto instantáneamente. Pero los viejos no, seguían vivos, aunque apenas. Tenían fracturas múltiples y contusiones, laceraciones, y cada uno de los dos tenía una conmoción cerebral. Estaban para atrás, créanme. Y, obviamente, la edad les jugaba en contra. Ella estaba incluso un poco peor que él. Tenía rotura de bazo y además de todo lo demás, tenía las dos rótulas fracturadas. Pero tenían los cinturones puestos y, gracias a Dios, eso fue lo único que los salvó.”

“Señoras y señores, esto fue un aviso de Consejo Nacional de Seguridad,” dijo Terri. “Fue su vocero, Dr. Herb McGinnis. Sigán escuchando,” dijo Terri y se rió, para luego bajar su voz. “Herb, a veces sos lo máximo. Te amo, querido.”

Todos nos reímos. Herb se rió, también. “Querida, te amo. Pero lo sabés, ¿no?” Se estiró por sobre la mesa, Terri lo alcanzó a mitad de camino y se besaron. “Terri tiene razón, che,” dijo Herb mientras se acomodaba de nuevo. “Abróchense los cinturones. Escuchen lo que el Dr. Herb tiene para decirles. Pero, en serio, estaban a la miseria los viejos. Para cuando llegué, el residente y los enfermeros ya estaban ocupándose de ellos. El pibe estaba muerto, como les dije. Estaba tirado en un rincón, acostado en una camilla metálica. Alguien ya había avisado a los parientes más cercanos, y la gente de la funeraria estaba en camino. Le eché un vistazo a la pareja mayor y le pedí a la enfermera que me consiguiera un neurólogo y alguien de ortopedia en ese mismo instante. Voy a tratar de hacerla corta. Aparecieron estos tipos, y llevamos a la pareja mayor a la sala de operaciones y trabajamos en ellos casi toda la noche. Deben haber tenido un aguante increíble, los viejos, se ven esas cosas de vez en cuando. Hicimos todo lo que se podría haber hecho, y hacia la mañana les estábamos dando un 50 y 50 de probabilidades, tal vez menos que eso, tal vez 30 a 70 para la mujer. Anna Gates se llamaba, y era una mujer corpulenta. Pero seguían vivos a la mañana siguiente, y los pasamos a Terapia Intensiva desde donde podíamos monitorear cada respiración y tenerlos las 24 horas bajo supervisión. Estuvieron en Terapia Intensiva casi dos semanas, ella

un poco más, hasta que su estado mejoró lo suficiente como para ser transferidos y los llevamos por el hall hasta sus propios cuartos.”

Herb dejó de hablar. “A ver,” dijo, “tomemos esta ginebra. Terminémosla. Después vamos a cenar, ¿no? Terri y yo conocemos un lugar. Es un lugar nuevo. Ahí vamos a ir, este lugar nuevo que conocemos. Salimos cuando terminemos esta ginebra.”

“Se llama la Biblioteca,” dijo Terri. “Nunca comieron ahí todavía, ¿o sí?” dijo, y Laura y yo negamos con la cabeza. “Es un re lugar. Dicen que es parte de una nueva cadena, pero no es como una cadena, si me entienden. Hasta tienen estanterías con libros reales en ellas. Podés buscar luego de cenar y llevarte un libro y devolverlo la próxima vez que vas a comer. No van a poder creer la comida. ¡Y Herb está leyendo *Ivanhoe*! Lo sacó cuando estuvimos la semana pasada. Nada más firmó una ficha. Como en una biblioteca de verdad.”

“Me gusta *Ivanhoe*,” dijo Herb. “*Ivanhoe* está muy bueno. Si tuviera que hacerlo otra vez, estudiaría Letras. Ahora mismo estoy pasando por una crisis de identidad. ¿No es cierto, Terri?” dijo Herb. Se rió. Agitó el hielo en su vaso. “He estado teniendo una crisis de identidad desde hace años. Terri sabe. Terri puede contarles. Pero déjenme decir esto. Si pudiera volver de nuevo en una vida diferente, una época diferente y todo, ¿saben qué? Me gustaría regresar como un caballero. Estaban bastante seguro usando toda esa armadura. Estaba bueno ser un caballero hasta que llegaron la pólvora y las mosquetas y las pistolas .22.”

“A Herb le gustaría montar un caballo blanco y llevar una lanza,” dijo Terri, y se rió.

“Llevar una liga de mujer siempre con vos,” dijo Laura.

“O simplemente una mujer,” dije yo.

“Está bien,” dijo Herb. “Ahí va. Vos sí sabés cuál es la posta, ¿no, Nick?”, dijo. “También llevarías encima sus pañuelos perfumados a dondequiera que fueras. ¿Había pañuelos perfumados en esa época? No importa. Un pequeño nomeolvides. Un regalo, eso es lo que quiero decir. Tenías que tener siempre un pequeño regalo en esa época. En fin, como sea, en esa época era mejor ser un caballero que un siervo,” dijo Herb.

“Siempre es mejor,” dijo Laura.

“Los siervos no la pasaban bien en esa época,” dijo Terri.

“Los siervos nunca la pasaron bien,” dijo Herb. “Pero me imagino que incluso los caballeros eran vesellos de alguien. ¿No funcionaba así la cosa en esa época? Pero, entonces, siempre era el vesello de algún otro. ¿No era así? ¿Terri? Pero lo que me gustaba de los caballeros, además de sus damiselas, era que tenían ese traje de armadura, viste, y no se lastimaban muy fácilmente. No había autos en esa época, loco. Nada de adolescentes borrachos que te llevaran puesto.”

“Vasallos,” dije.

“¿Qué?” dijo Herb.

“Vasallos,” dijo. “Se llamaban *vasallos*, Doc, no *vesellos*.”

“Vasallos,” dijo Herb. “Vasallos, vesellos, ventrículo. En fin, sabés a lo que me refería de todas formas. Vos estás mucho más educado en estos asuntos que yo,” dijo Herb. “No estoy educado. Aprendí lo mío. Soy cirujano cardíaco, sí, pero en verdad solo soy un mecánico. Solo agarro y arreglo las cosas que andan mal en el cuerpo. Solo soy un mecánico.”

“Como que la modestia no te calza, Herb,” dijo Laura, y Herb le sonrió.

“Es solo un humilde doctor, muchachos,” dije. “Pero a veces se sofocaban dentro de semejante armadura, Herb. Incluso han llegado a sufrir ataques al corazón cuando hacía mucho calor y estaban muy cansados y exhaustos. En algún lado leí que se caían de sus caballos y no eran capaces de levantarse porque estaban muy cansados como para pararse con toda esta armadura encima. Algunas veces eran pisoteados por sus propios caballos.”

“Qué terrible,” dijo Herb. “Terrible imagen, Nicky. Supongo que simplemente se quedarían ahí tirados y esperarían a que alguien, el enemigo, viniera y se hiciera un asado con ellos.”

“Algún otro vasallo,” dijo Terri.

“Así es, algún otro vasallo,” dijo Herb. “Ahí lo tenés. Algún otro vasallo llegaría y atravesaría con la lanza a su colega caballero en nombre del amor. O de lo que fuera por lo que pelearan en esa época. Por las mismas cosas que peleamos hoy en día, supongo,” dijo Herb.

“Política,” dijo Laura. “No cambió nada.” El color permanecía en las mejillas de Laura. Sus ojos brillaban. Se llevó el vaso a los labios.

Herb se sirvió más bebida. Miró atentamente la etiqueta, como estudiando las pequeñas figuras de los guardias de Beefeater. Luego bajó lentamente la botella sobre la mesa y se estiró para alcanzar el agua tónica.

“¿Qué pasó con los viejos, Herb?” dijo Laura. “No terminaste la historia esa que empezaste.” Laura estaba teniendo dificultades con el encendido de su cigarrillo. Los fósforos se le seguían apagando. La luz en el interior del cuarto era diferente ahora, cambiante, haciéndose más débil. Las hojas del exterior del cuarto seguían moviéndose, y me quedé mirando fijamente el confuso patrón que dibujaban en el cristal y en el alféizar de fórmica bajo él. No había ningún sonido excepto el de Laura encendiendo sus cigarrillos.

“¿Qué pasó con esos viejos?” dije tras un minuto. “Lo último que sabemos es que recién salían de terapia intensiva.”

“Más viejo pero más sabio,” dijo Terri.

Herb la miró fijamente.

“Herb, no me mires así,” dijo Terri. “Seguí con tu historia. Estaba jodiendo. ¿Qué pasó después? Todos queremos saber.”

“Terri, a veces...”, dijo Herb.

“Haceme el favor, Herb,” dijo ella. “Amor, no te pongas siempre tan serio. Por favor seguí con la historia. Estaba jodiendo, por el amor de Dios. ¿No sabés aceptar una broma?”

“Con esto no se jode,” dijo Herb. Levantó su vaso y sostuvo su mirada fijamente en ella.

“¿Qué pasó después, Herb?” dijo Laura. “En serio queremos saber.”

Herb giró los ojos hacia Laura. Después se soltó y sonrió cálidamente. “Laura, si no la tuviera a Terri ni la amara tanto y Nick no fuera mi amigo, me enamoraría de vos. Te secuestraría.”

“Herb, pedazo de mierda,” dijo Terri. “Contá tu historia. Si no estuviera enamorado de vos, ni en pedo estaría acá para empezar, te apuesto lo que quieras. Amor, ¿qué decís? Terminá tu historia. Después vamos a la Biblioteca, ¿OK?”

“OK,” dijo Herb. “¿Dónde estábamos? ¿Dónde estoy? Esa pregunta es mejor. Quizás debería preguntar eso.” Esperó un minuto, y después empezó a hablar.

“Cuando finalmente salieron de la tormenta, estuvimos en condiciones de sacarlos de terapia intensiva, después de que vimos que iban a conseguirlo. Me pasaba a verlos a cada uno todos los días, a veces dos veces por día si me encontraba por ahí con otros pacientes. Ambos estaban vendados de pies a cabeza. Ya saben, lo han visto en las películas aunque no lo hayan visto en persona. Pero estaban vendados de pies a cabeza, loco, y en serio les digo de pies a cabeza. Así era como se veían, igualito a esos actores farsantes de las películas después de un gran desastre. Pero esto era posta. Sus cabezas estaban vendadas –solo tenían huecos en los ojos y un poco para sus bocas y narices. Anna Gates tenía que estar con las piernas elevadas, también. Ella estaba peor que él, ya se los dije. Ambos estuvieron a intravenosas y glucosa por un tiempo. Bueno, Henry Gates estuvo muy deprimido por bastante tiempo. Incluso después de enterarse de que su esposa se iba a recuperar, siguió estando muy deprimido. No solo por el accidente en sí mismo, aunque eso sin duda le había pegado, como lo hacen esas cosas. Un día estás ahí, lo más pancho, y después blam, estás mirando fijamente al abismo. Volvés. Es como un milagro.

Pero deja su marca en vos. Lo hace. Un día, estaba sentado en una silla al lado de la cama de él y me describió, hablando despacito, hablando a través del agujero de su boca de tal manera que a veces me tenía que levantar y acercarme a su cara para escucharlo, diciéndome lo que le parecía, lo que se sentía, cuando el auto del pibe cruzó la línea del medio sobre su lado del camino y siguió aproximándose. Dijo que él sabía que todo había terminado para ellos, esa era la última mirada de algo que iba a tener en esta tierra. Esto era todo. Pero dijo que nada le había pasado por la mente, su vida no había pasado ante sus ojos, nada de eso. Dijo que solo se sintió triste de no poder ver nunca más a su Anna, porque habían tenido una maravillosa vida juntos. Este era su único lamento. Miró derecho hacia adelante, solo se aferró al volante y observó el auto del pibe viniéndoseles encima. Y no había nada que pudiera hacer más que decir, ‘¡Anna! ¡Agarrate, Anna!’ ”

“Me dan escalofríos,” dijo Laura. “Brrrr,” dijo, sacudiendo su cabeza.

Herb asintió. Siguió hablando, atrapado en la historia ahora. “Me sentaba un rato todos los días al lado de la cama. Él permanecía acostado ahí con todas sus vendas mirando por la ventana a los pies de su cama. La ventana estaba muy alta como para que pudiera ver algo más allá de las copas de los árboles. Eso es todo lo que veía por horas y horas. No podía girar la cabeza sin ayuda, y solo tenía permitido hacer eso dos veces por día. Todas las mañanas unos minutos y todas las tardes, tenía permitido girar la cabeza. Pero durante nuestras visitas tenía que estar mirando a la ventana mientras hablaba. Yo hablaba un poco, le hacía un par de preguntas, pero más que nada escuchaba. Estaba muy deprimido. Lo que más lo deprimía, luego de que le aseguraron que su esposa iba a estar bien, que se iba a recuperar para alegría de todos, lo que más lo deprimía era el hecho de que no podían estar físicamente juntos. Que no podía verla y estar con ella todos los días. Me dijo que se habían casado en 1927, y que desde entonces solo habían estado separados algún tiempo en dos oportunidades. Incluso cuando sus hijos nacieron, nacieron ahí en el campo y Henry y la patrona aún así se veían todos los días y hablaban y andaban por ahí. Pero dijo que solo habían estado separados en serio, un tiempo, en dos oportunidades – una cuando la madre de ella murió, en 1940, y Anna tuvo que tomarse un tren a St. Louis para arreglar unos asuntos. Y nuevamente en 1952, cuando la hermana de ella murió en Los Angeles, y tuvo que ir hasta ahí para reclamar el cuerpo. Debería contarles que tenían un pequeño campo a setenta y cinco millas más o menos en las afueras de Bend, Oregon, y ahí es donde habían vivido la mayor parte de sus vidas. Habían vendido el campo y se habían mudado a la ciudad de Bend hacía unos pocos años. Cuando ocurrió este accidente, estaban volviendo de Denver, a donde habían ido a ver a la hermana de él. Estaban yendo a visitar a uno de sus hijos y algunos de sus nietos en El Paso. Pero en toda su vida de casados solo habían estado separados una cantidad considerable de tiempo nada más que en esas dos oportunidades. Imaginate eso. Pero, Dios, él la extrañaba. Te digo que la añoraba. Nunca supe lo que significaba esa palabra hasta entonces, añorado, hasta que vi que le pasaba a este hombre. La extrañaba salvajemente. Simplemente deseaba su compañía, vaya que lo hacía ese hombre. Obviamente, se sintió mejor, se iluminaba, cuando le llevaba mi reporte diario sobre la salud de Anna – que se estaba recuperando, que iba a estar bien, solo era cuestión de un poco más de tiempo. Ya no tenía sus yesos y vendas, pero aún se sentía extremadamente solo. Le dije que tan pronto tuviera fuerzas, tal vez en una semana, lo pondría en una silla de ruedas y lo llevaría a visitarla, lo llevaría por el pasillo a ver a su esposa. Mientras tanto, yo lo visitaba y hablábamos. Me contaba un poco de sus vidas allá en el rancho a fines de los años veinte y principios de los treinta.” Nos miraba alrededor de la mesa y movía su cabeza ante lo que iba a decir, o quizá simplemente ante la imposibilidad de todo esto. “Me decía que en el invierno no hacía nada más que nevar, y quizá por meses no podían salir del campo, el camino se cerraba. Aparte, tenía que alimentar al ganado todos los días incluso durante esos meses de invierno. Simplemente estaban ahí juntos, los dos, él y su esposa. Los chicos aún no habían llegado. Llegarían después. Pero, mes a mes, estaban ahí juntos, los dos, la misma rutina, lo mismo todo, nunca nadie más para charlar o visitar en esos meses de invierno. Pero se tenían el uno al otro. Eso era



todo lo que tenían, el uno al otro. ‘¿Qué hacían para divertirse?’ le pregunté. Lo decía en serio. Quería saber. No me entraba en la cabeza cómo la gente podía vivir así. No creo que nadie pueda vivir así hoy en día. ¿No les parece? Me parece imposible. ¿Saben lo que dijo? ‘Salíamos a bailar todas las noches.’ ‘¿Qué?’ dije. ‘Discúlpeme, Henry,’ dije, y me acerqué más, pensando que tal vez no había escuchado bien. ‘Salíamos a bailar todas las noches,’ dijo otra vez. Me pregunté qué quería decir. No sabía de qué me estaba hablando, pero le di tiempo a que continuara. Se remontó a esa época nuevamente, y tras un rato dijo, ‘Teníamos una Victrola y algunos discos, Doctor. Encendíamos la Victrola todas las noches y escuchábamos los discos y bailábamos ahí en la sala de estar. Hacíamos eso todas las noches. A veces afuera nevaba y la temperatura era bajo cero. La temperatura realmente te congela allí en enero o febrero. Pero escuchábamos los discos y bailábamos en medias en la sala de estar hasta que pasábamos todos los discos. Y después encendíamos la chimenea y apagábamos todas las luces, menos una, y nos íbamos a dormir. Algunas noches nevaba, y estaba todo tan tranquilo afuera que podías oír caer la nieve. Es verdad, Doc,’ dijo, ‘podés hacerlo. A veces podés oír caer la nieve. Si estás tranquilo y tu mente está en blanco y estás en paz contigo mismo y todo lo demás, podés recostarte en la oscuridad y escuchar nevar. Si estás tranquilo, intentalo alguna vez,’ dijo. ‘Nieva a veces por acá, ¿no? Probá alguna vez. En fin, salíamos a bailar todas las noches. Y luego nos íbamos a dormir bajo muchas colchas y dormíamos calentitos hasta la mañana. Cuando despertabas, podías verte el aliento’, dijo.

“Cuando se recuperó lo suficiente como para ser transportado en una silla de ruedas, hacía rato que le habían sacado las vendas, una enfermera y yo lo rodamos por el pasillo hasta donde estaba su esposa. Se había afeitado esa mañana y se había puesto un poco de loción. Estaba en bata y vestido tipo hospital, todavía se estaba recuperando, viste, pero se mantenía erguido en la silla de ruedas. Aún así, estaba nervioso como un gato, se notaba. A medida que nos acercábamos al cuarto de ella, su rostro se ruborizaba cada vez más y tomaba un color como de ilusión, una mirada que no alcanzo a describir. Yo empujaba su silla, y la enfermera caminaba al lado mío. Ella sabía algo de la situación, había descifrado algunas cosas. Las enfermeras, ya saben, lo han visto todo, y no mucho les afecta tras un tiempo, pero esta estaba un poco tensa esa mañana. La puerta estaba abierta, y lo hice entrar al cuarto. La señora Gates, Anna, seguía inmovilizada, pero podía mover la cabeza y su brazo izquierdo. Tenía sus ojos cerrados, pero se abrieron de golpe cuando entramos al cuarto. Seguía llena de vendas, pero solo de la zona pélvica para abajo. Llevé a Henry hasta el lado izquierdo de su cama y le dije, ‘Tenés compañía, Anna. Compañía, querida.’ Pero no podía decir nada más que eso. Ella esbozó una pequeña sonrisa y su rostro se encendió. Salió su mano por debajo de las sábanas. Estaba azulada y con moretones. Henry tomó su mano en las suyas. La sostuvo y la besó. Después dijo, ‘Hola, Anna. ¿Cómo está mi niña? ¿Te acuerdas de mí?’ Corrieron lágrimas por sus mejillas. Ella asintió. ‘Te extrañé,’ dijo él. Ella seguía asintiendo. La enfermera y yo nos borramos inmediatamente. Ella empezó a lloriquear cuando estábamos ya afuera del cuarto, y miren que es una tipa fuerte, esa enfermera. Fue una experiencia de vida, les digo. Pero después de eso lo llevábamos en la silla hasta ahí todas las mañanas y todas las tardes. Arreglamos todo de manera que pudieran almorzar y cenar juntos, en el cuarto de ella. Entre esos momentos, simplemente se sentaban y se tomaban las manos y hablaban. No tenían fin las cosas de que hablaban.”

“No me habías hablado de esto, Herb,” dijo Terri. “Solo me dijiste un poco cuando pasó. No me contaste nada de esto, mierda. Ahora me estás contando esto para hacerme llorar. Herb, más te vale que esta historia no tenga un final triste. No es así, ¿no? No nos estás tendiendo una trampa, ¿no? Si es así, no quiero escuchar una palabra más. No tenés que avanzar más, ¿podés parar ahí mismo, Herb?”

“¿Qué les pasó, Herb?” dijo Laura. “Terminá la historia, por el amor de Dios. ¿Hay algo más? Pero soy como Terri, eh, no quiero que les pase nada. En serio te digo.”

“¿Están bien ahora?” pregunté. Yo estaba involucrado en la historia también, pero me estaba emborrachando. Se hacía difícil poner las cosas en foco. La luz parecía estar escurriéndose de la habitación,

volviéndose por la ventana por la que había entrado en un primer momento. Aún así nadie se dispuso a levantarse de la mesa ni a encender una luz eléctrica.

“Sí, están bien,” dijo Herb. “Los dieron de alta un tiempo después. Hace un par de semanas, en verdad. Luego de un tiempo, Henry se las arregló para moverse en muletas y después pasó a un bastón y después simplemente se la pasaba todo el día dando vueltas por el lugar. Pero su ánimo estaba recuperado ahora, su ánimo estaba bien, no hacía más que mejorar día a día desde que pudo ver de nuevo a su patrona. Cuando ella estuvo lista para ser movida, su hijo de El Paso y su mujer vinieron en un coche familiar y se los llevaron para allá con ellos. A ella todavía le faltaba un poco de recuperación, pero se las estaba arreglando bastante bien. Acabo de recibir una tarjeta de Henry hace unos días. Supongo que esa es una de las razones por las que están en mi mente ahora. Eso, y lo que estábamos diciendo más temprano sobre el amor.”

“Escuchen,” continuó Herb. “Terminémonos esta ginebra. Hay suficiente como para un trago más para cada uno. Después vayamos a comer. Vamos a la Biblioteca. ¿Qué les parece? No sé, toda la cosa esta era como interesante. Sencillamente se desarrollaba día a día. Algunas de esas conversaciones que tuve con él... No voy a olvidarme de esos tiempos. Pero hablar de eso ahora me deprimió. Dios, pero me deprimí como de repente.”

“No te deprimas, Herb,” dijo Terri. “Herb, por qué no te tomás una pastilla, amor” Giró hacia nosotros dos y dijo, “Herb toma unas pastillas levanta-ánimo a veces. No es secreto, ¿o sí, Herb?”

Herb negó con la cabeza. “He tomado todo lo que se puede tomar, en uno u otro momento. No es secreto.”

“Mi primera esposa también tomaba de esas,” dije.

“¿Le servían?” dijo Laura.

“No, aún así andaba deprimida. Lloraba mucho.”

“Algunas personas nacen deprimidas, creo,” dijo Terri. “Algunas personas nacen infelices. Y desafortunados, también. Conocí personas que eran completamente desafortunadas en todo. Otros –vos no, querido, no estoy hablando de vos, obviamente–, otros sencillamente se las arreglan para ser infelices y después se mantienen infelices.” Estaba raspando algo de la mesa con su dedo. Después dejó de raspar.

“Me parece que quiero llamar a mis chicos antes de ir a comer,” dijo Herb. “¿Les parece bien a todos? No me tarda. Me voy a dar una ducha rápida para refrescarme, y después llamo a mis chicos. Después vamos a comer.”

“Puede que tengas que hablar con Marjorie, Herb, si contesta el teléfono. Es la ex-esposa de Herb. Che, ya nos escucharon discutir sobre Marjorie. No debés tener ganas de hablar con ella esta tarde, Herb. Te va a hacer sentir aún peor.”

“No, no quiero hablar con Marjorie,” dijo Herb. “Pero quiero hablar con mis chicos. Los extraño muchísimo, querida. Extraño a Steve. Anoche estuve despierto recordando cosas de cuando era chiquito. Quiero hablar con él. Quiero hablar con Kathy también. Los extraño, así que voy a tener que tomar el riesgo de que su madre conteste el teléfono. Ese pedazo de perra.”

“No pasa un solo día sin que Herb diga que quiere casarse de nuevo, o de lo contrario morirse. Primero,” dijo Terri, “ella nos está fundiendo. Además tiene la custodia de los dos chicos. Solo podemos tener a los chicos acá con nosotros un mes durante el verano. Herb dice que solo para fastidiarlo ella no se va a casar de nuevo. Tiene un novio que vive con ellos, aparte, y Herb lo está manteniendo a él también.”

“Ella es alérgica a las abejas,” dijo Herb. “Si no estoy rezando para que se case de nuevo, rezo para que se vaya al campo y se muera picada por un enjambre de abejas.”

“Herb, eso es horrible,” dijo Laura, y se rió hasta que sus ojos lloraron.

“Horriblemente gracioso,” dijo Terri. Todos nos reímos. Reímos y reímos.

“Bzzzzzz,” dijo Herb, convirtiendo sus dedos en abejas y zumbándolos en el cuello y el collar de Terri. Después dejó caer sus manos y se recostó hacia atrás, repentinamente serio otra vez.

“Es una maldita perra. Es verdad,” dijo Herb. “Es despiadada. A veces cuando me emborracho, como ahora, pienso que me gustaría ir hasta allá vestido de cuidador de abejas – así, ese sombrero que es como un casco con la chapa que te baja por la cara, los guantes grandes y gruesos y el abrigo acolchado. Me gustaría simplemente tocar la puerta y soltar una colmena de abejas en la casa. Primero me aseguraría de que los chicos estuvieran fuera del hogar, obviamente.” Con algo de dificultad, cruzó una pierna por sobre la otra. Después puso ambos pies en el piso y se inclinó hacia adelante, los codos sobre la mesa, el mentón entre las manos. “Tal vez no llame a los chicos ahora después de todo. Tal vez tenés razón, Terri. Tal vez no es una idea tan copada. Tal vez solo me dé una ducha rápida y me cambie la camisa y después vamos a comer. ¿Qué les parece, che?”

“Me parece bien,” dije. “Comer o no comer. O seguir tomando. Podría introducirme completamente en el atardecer.”

“¿Qué significa eso, cariño?” dijo Laura, dirigiendo su mirada hacia mí.

“Simplemente significa lo que dije, cariño, nada más. Significa que podría quedarme dándole y dándole. Eso es todo lo que quise decir. Es esa puesta de sol, tal vez.” La ventana tenía un tinte rojizo ahora que el sol se ocultaba.

“Yo comería algo,” dijo Laura. “Me acabo de dar cuenta de que tengo hambre. ¿Qué hay para picar?”

“Voy a traer un poco de queso y criollitas,” dijo Terri, pero solo se quedó sentada ahí.

Herb terminó su trago. Después se levantó lentamente de la mesa y dijo, “Discúlpeme. Me voy a bañar.” Salió de la cocina y caminó lentamente por el hall hacia el baño. Cerró la puerta detrás de él.

“Estoy preocupada por Herb,” dijo Terri. Negó con la cabeza. “Algunas veces me preocupo más que otras veces, pero últimamente estoy muy preocupada.” Miró fijamente a su vaso. No mostró ninguna intención de ir a buscar el queso y las criollitas. Decidí levantarme y buscar en la heladera. Cuando Laura dice que tiene hambre, sé que necesita comer. “Agarrá lo que sea que encuentres, Nick. Sacá lo que sea que se vea bien. Un queso por ahí, y una barra de salame, creo. Criollitas en esa alacena arriba de la cocina. Me olvidaba. Vamos a picar algo. Yo no tengo hambre, pero ustedes deben estar hambrientos. Ya no tengo apetito. ¿Qué estaba diciendo?” Cerró sus ojos y los abrió. “No creo que les hayamos contado esto, tal vez sí, no recuerdo, pero Herb estaba bastante suicida luego de que terminó su primer matrimonio y su esposa se mudó a Denver con los chicos. Fue al psiquiatra mucho tiempo, varios meses. A veces dice que cree que debería seguir yendo.” Levantó la botella vacía y la volcó boca abajo sobre su vaso. Yo estaba cortando un poco de salame sobre la mesada lo más cuidadosamente que podía. “Soldado muerto,” dijo Terri. Después dijo, “Últimamente ha estado hablando sobre el suicidio otra vez. Especialmente si toma. A veces creo que es muy vulnerable. Carece de defensas. No tiene defensas contra nada. Bueno,” dijo, “se acabó la ginebra. Hora de partir. Hora de cortar por lo sano, como decía mi papi. Hora de comer, supongo, aunque no tengo nada de hambre. Pero ustedes deben estar hambrientos. Me alegra ver que estás comiendo algo. Con eso vas a tirar hasta que lleguemos al restaurante. Podemos pedir bebidas en el restaurante si queremos. Ya van a ver este lugar, es muy copado. Podés llevarte libros junto con tu cartera. Creo que debería prepararme también. Solo me voy a lavar la cara y pintarme un poco los labios. Voy a ir así como estoy. Si a ellos no les gusta, mala suerte. Solo quiero decir esto, y nada más. Pero no quiero que suene negativo. Espero y rezo por que ustedes todavía se amen dentro de cinco, incluso tres años como se aman ahora. Incluso dentro de cuatro años, ponele. Ese es el momento de la verdad, cuatro años. Eso es todo lo que tengo para decir sobre el tema.” Se agarró sus brazos finitos y comenzó a deslizar las manos para arriba y para abajo por ellos. Cerró los ojos.

Me levanté de la mesa y fui detrás de la silla de Laura. Me incliné sobre ella y crucé mis brazos debajo de sus pechos y la sostuve. Bajé mi rostro hasta el suyo. Laura apretó mis brazos. Apretaba más fuerte, sin dejarme ir.

Terri abrió los ojos. Nos miró. Después levantó el vaso. “Este es para ustedes, che,” dijo. “Este es para todos nosotros.” Terminó el vaso, y el hielo chocó contra sus dientes. “Carl, también,” dijo, y puso su vaso de nuevo sobre la mesa. “Pobre Carl. Herb pensaba que era un idiota, pero Herb le tenía miedo en serio. Carl no era un idiota. Me amaba, y yo lo amaba a él. Eso es todo. Aún pienso en él a veces. Es la verdad, no me avergüenza decirlo. A veces pienso en él, simplemente se me viene a la cabeza en un momento cualquiera. Les voy a decir algo, y detesto cuán melodramática se puede poner la vida, de manera que ni siquiera es más la tuya, pero era así. Yo estaba embarazada de él. Fue esa primera vez que intentó suicidarse, cuando se tomó el veneno para ratas. No sabía que yo estaba embarazada. Se pone peor. Decidí hacerme un aborto. No le conté sobre eso tampoco, obviamente. No estoy diciendo nada que Herb no sepa. Herb lo sabe todo. Última declaración. Herb me hizo el aborto. Qué mundo pequeño, ¿no? Pero ya pensaba que Carl estaba loco para esa época. No quería su bebé. Después va y se mata. Pero después de eso, después de que había pasado un tiempo de su muerte y no había más Carl para discutir y para escuchar su lado de las cosas y para ayudarlo cuando tenía miedo, me sentí muy mal por los hechos. Me dio lástima su bebé, que no lo hubiera tenido. Amo a Carl, no hay ninguna duda de eso en mi mente. Aún lo amo. Pero Dios, amo a Herb, también. Entienden eso, ¿no? No hace falta que se los diga. Oh, ¿no es todo como demasiado, todo esto?” Se llevó el rostro a las manos y se puso a llorar. Lentamente, se inclinó hacia adelante y apoyó la cabeza sobre la mesa.

Laura dejó su comida inmediatamente. Se levantó y dijo, “Terri. Terri, querida,” y comenzó a acariciarle el cuello y los hombros. “Terri,” murmuró.

Yo estaba comiendo un pedazo de salame. El cuarto se había puesto muy oscuro. Terminé de masticar lo que tenía adentro de la boca, lo tragué, y me moví a la ventana. Miré afuera hacia el patio de atrás. Miré más allá de los álamos y los dos perros negros durmiendo entre las reposeras. Miré más allá de la pileta al pequeño corral con la puerta abierta y el viejo establo vacío. Había un campo de pasto descuidado, y después una cerca y después otro campo, y después la ruta que conecta Albuquerque con El Paso. Los autos iban y venían por la autopista. El sol se estaba ocultando detrás de las montañas, y las montañas se habían oscurecido, sombras por todos lados. Aún así había luz, también, y parecía estar ablandando las cosas que miraba. El cielo estaba gris cerca de las cimas de las montañas, tan gris como un día oscuro de invierno. Pero había una franja de cielo azul inmediatamente encima de la gris, el azul que ves en las postales tropicales, el azul del Mediterráneo. El agua en la superficie de la pileta ondulaba y la misma brisa hacía que las hojas de los álamos temblaran. Uno de los perros levantó la cabeza como a la escucha, prestó atención un minuto con las orejas paradas y después volvió a acostar su cabeza entre las patas.

Tenía el presentimiento de que algo iba a suceder, se notaba en la lentitud de las sombras y la luz, y que lo que fuera que se tratara me llevaría consigo. Yo no quería que sucediera. Miraba el viento moverse en olas por sobre el césped. Podía ver el pasto de los campos doblarse con el viento y luego volver a enderezarse. El segundo campo se inclinaba hacia la autopista, y el viento se movía cuesta arriba por él, ola tras ola. Me quedé parado ahí y esperé y miré el pasto ondularse con el viento. Podía sentir el latido de mi corazón. En alguna parte del fondo de la casa la ducha estaba abierta. Terri seguía llorando. Lentamente y con dificultad, giré para mirarla. Estaba estirada con su cabeza sobre la mesa, de cara a la cocina. Sus ojos estaban abiertos, pero de vez en cuando le caían lágrimas. Laura había acercado su silla, y estaba sentada con un brazo alrededor de los hombros de Terri. Seguía murmurando, sus labios sobre el cabello de Terri.

“Sí, sí,” decía Terri. “Contame.”

“Terri, amor,” le dijo dulcemente Laura. “Va a estar bien, vas a ver. Va a estar bien.”

Laura entonces levantó sus ojos hacia los míos. Su mirada era penetrante, y mi corazón se apaciguó. Me miró fijamente a los ojos por lo que pareció ser un largo rato, y luego asintió con la cabeza. Eso fue todo lo que hizo, la única señal que dio, pero fue suficiente. Era como si me estuviera diciendo, No te preocupes, vamos a salir de esta, todo va a estar bien con nosotros, vas a ver. Tomalo con calma. Eso es lo que quise interpretar de la mirada, aunque puede que me haya equivocado.

La ducha dejó de correr. En un minuto, escuché un silbido al tiempo que Herb abría la puerta del baño. Seguí mirando a las mujeres en la mesa. Terri seguía llorando y Laura estaba acariciando su pelo. Giré hacia la ventana. La capa azul del cielo había desaparecido ahora y se estaba poniendo oscura como el resto. Pero las estrellas habían aparecido. Reconcí a Venus y, más lejos y hacia el costado, no tan brillante pero sin lugar a dudas en ese punto del horizonte, a Marte. El viento se había remontado. Miré lo que les estaba haciendo a los campos vacíos. Pensé sin motivo que era una lástima que los McGinnis hubieran dejado de tener caballos. Quise imaginar caballos cabalgando por esos campos en la penumbra, o incluso simplemente parados tranquilos con sus cabezas en sentidos opuestos cerca de la valla. Me paré junto a la ventana y esperé. Sabía que tenía que quedarme quieto un rato más, mantener mi mirada ahí afuera, fuera de la casa, siempre que quedara algo para ver.

[Traducción: Julio César Estravis Barcala]

[Revisión técnica de la traducción: Alana Mauro]